REFLEXION XIV.

El juego pierde el tiempo.

Ninguna de cuantas pérdidas origina el juego, ni juntas todas las que van referidas, son comparables con la del tiempo. La pluma misma se estremece al tocarla, y tropezando en horrores discurre con languidez, cuando yo la quisiera tan rápida y penetrante que hiriese los corazones. Solo teñida en esa sangre, de que únicamente pueden formarse lágrimas dignas de tanta pérdida, la expresara con viveza; pero, ¡qué importa, si en este punto hablan los sabios de todas las naciones y de todas las edades! De sus dichos unánimes se levanta una voz poderosa á que nadie puede cerrar los oidos.

Ella nos dice que el tiempo es el único bien que poseemos, y está en nuestra mano: que es el más precioso de todos: que es del que tenemos más necesidad; que hemos menester suma vigi-

lancia para disfrutarlo, porque corre rápidamente: que su pérdida es irreparable, porque el dia que pasó no retrocede jamás, succediéndose las horas y momentos como las olas de un rio, en que cada una empuja á la anterior, al mismo paso que es impelida por la subsecuente, y que que es brevísimo, comparado con lo que requiere cualquiera profesion, pero mucho más con la eternidad, respecto de la cual es como la sombra que se disipa. Por eso el Apóstol, aun en las cosas necesarias, no quiere que se inviertan sino los instantes precisos, usando con tal prisa tado lo del mundo, como si lo usáramos porque pasa velozmente su figura (1). De estos principios se deja caer por su propio peso la consecuencia forzosa de que es la mayor de todas la pérdida del tiempo.

Pero, ¿por qué se le ha de imputar al juego principalmente? ¿No lo disipan los hombres en otras innumerables ocupaciones vanas y supérfluas? Sí, efectivamente; pero el juego lo consume sobre todas. En éstas es más por vicio

---

(1) Qui utunt, hoc mundo tanquam non utant. Præterit enim figura hujus mundi. Epist. 1.ª ad Corint., cap. 7, v. 31.

del hombre, que de ellas mismas; en aquel al contrario; en sí mismo consiste el defecto, aun más que en el hombre, y éstas le disipan, aquel, puede decirse con verdad que lo devora. Son dignas de desentrañarse estas dos reflexiones, de las que la última no sé cómo pueda meditarse sin conmover.

Yo tengo al juego por la ocupacion más nociva al tiempo, porque es sin duda la que más embeleza, haciendo se le rindan las otras pasiones. En las demás diversiones, ó por mejor decir distracciones del hombre, gasta el tiempo que se habia predefinido; pero en el juego consume más del que pensaba y quiere, porque tiene ciertas redes ocultas que lo detienen sin poderse desprender aun cuando lo intenta. ¿En qué otra ocupacion se gastan tres, cuatro y más dias con sus noches sin interrumpirla aun para comer, como en el juego? ¿En cuál se estraga más el régimen de las funciones todas de la naturaleza? ¿En qué otras se desatienden tanto, y aun se olvidan las obligaciones más serias y precisas del ministerio de cada uno, cuando más urge su desempeño? ¿Y por cuál no se ha visto no ocurrir prontamente el marido á un dolor, que le avisan ha dado á su mujer, ó el padre al socorro del peligro de muerte de sus hijos? De las

demás diversiones, unas son propias de las mujeres, otras de los hombres, unas de los viejos, otras de los mozos, unas de los plebellos y pobres, otras de los nobles y los ricos, unas de los de un genio, otras de los de otro; pero el juego arrebata á todos el tiempo, sin distincion de sexos, ni de edades, ni de nacimientos, ni de facultades, ni de genios.

Aun hay más: las otras diversiones quitan el tiempo distrayendo; pero no ocupan lo enteramente al hombre, pues lo dejan desembarazado para discurrir y pensar. ¡Cuántas veces, aun en las pecaminosas, como las murmuraciones, conversaciones obcenas espectáculos, bailes, y comedias, se hacen reflexiones serias, se siguen largos discursos, y se saca instruccion en muchos puntos! En ellas el hombre se maneja como tal aunque no se porte como cristiano; pero el juego lo abstrae del todo, embarga sus potencias, en nada piensa, de nada se acuerda, no es capaz de discurso, no es ya hombre ni aun sensible, pues parece trasformado en piedra. ¿Qué se hace el alma, pregunta un sanio escritor de nuestros tiempos, cuando sin cesar se dá vuelta á una carta? ¿se creeria, si no se viese que el jugador se materializa, que se encadena, que se

hace un simple animal, que solo sabe mover las manos y los ojos (1)?

Y á esto qué podrá añadirse? Que el juego no solo disipa, sino que devora el tiempo. Lo devora, no tanto porque consume enteramente el que gasta ocupando todos sus instantes, sino porque consume tambien hasta el que no gasta, cercenando mucha parte del futuro. De tal manera abrevia los dias de la vida, que el que segun el curso natural habia de vivir veinte años, suele, por causa del juego, vivir quince ó diez. No hablo ahora por las causas naturales de las enfermedades que contraen: tomo de más alto orígen esta doctrina, y digo que por disposicion divina se suele abreviar la vida de los jugadores.

Consta en la Escritura, que Dios muchas veces disminuye á los jugadores el tiempo que habian de vivir naturalmente. Así se abrevió la vida de los reyes Baltasar (2) y Sedecias (2), de ciento veinte años que era la vida del hom-

(1) Citado en la Part. del Iltmo. Señor López Gonzalo, f. 62 y 63.

(1) Dauiel, cap. 5.

(2) Ezeh., cap. 21.

bre antes del diluvio, se cercenaron veinte (1). David afirma que los inicuos no llegarán á la mitad de sus dias (2): y los expositores dirijen á este sentido el lugar de San Pablo (3) en que encarga redimir el tiempo, entendiendo por esta expresion, que no demos lugar á que se nos disminuya por nuestras malas obras.

Supuesta esta doctrina, ¿de qué otro vicio se puede esperar, más que del juego, semejante efecto? El Señor castiga con penas proporcionadas á los pecadores como á los reyes ambiciosos, quitándoles ó disminuyéndoles los reinos, y la diminucion del tiempo á nada se proporciona tanto como al juego, que es el pecado que más se le opone y lo consume. Y si no redimen el tiempo los que absolutamente obran mal, por lo que se hacen dignos de privarse de él, ¿cuánto más serán acreedores á este castigo, y cuánto ménos lo redimirán los que obran mal, disipándolo y consumiéndolo? Tales son los jugadores de profesion.

(1) Gen., cap. 6.

(2) Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt diei suos. Ssalm. 54, v. 32.

(3) Epist. ad Efesios, cap. 5, v. 16, et ibi Alapide.